

— Sale para su quinta de Granada.

— La señora Vizcondesa de Torrefiel espera en el salon, dijo un criado.

— Vén, dije á mi marido, sin duda quiere despedirse de mí. Acompáñame, y está tan sereno como puedes.

— ¡Ah, Valeria, no exijas aún lo que es superior á mis fuerzas! Te respeto demasiado para comprometerte con mi agitacion ó para exponerte á hacer un mal papel.

— Como quieras, le dije tristemente y pensando que, aunque rehusaba asistir á aquella entrevista de un modo ostensible, no dejaria de asistir á ella ocultamente. Adios, voy á recibir á la Vizcondesa y volveré aquí.

— ¡Cuánto debes aborrecerla!

— Nada de eso, lo que sí hago es tenerla mucha lástima.

— ¿Tú?

— ¡Yo! Digo ahora lo que te dije hace poco; soy más dichosa que ella porque tengo la conciencia tranquila y el corazon lleno de amor y de perdon.

Sali, dicho esto, y mi marido me siguió con una ojeada de admiracion y casi de asombro.

XVI.

DIPLOMACIA.

Gracia no era ya la encantadora jóven que tan elegante y alegre habia aparecido á mis ojos pocos dias ántes.

Algun pesar muy hondo habia apagado el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos, rodeados de un círculo oscuro que les daban una gran expresion de tristeza.

Vestia un traje de seda oscura y un sombrero, oscuro tambien, como si hubiera renunciado á sus pretensiones de belleza y de elegancia.

— Querida Condesa, me dijo procurando sonreir, aunque su sonrisa era contraida y violenta; á pesar del desaire que hace tiempo me hizo, no he querido marcharme sin decir á V. adios.

Yo habia recibido á Gracia en mi saloncito particular, y no pude ménos de sonreirme á mi vez tristemente, al ver agitarse la cortina del gabinete.

No me habia equivocado, mi marido se hallaba allí escuchando.

Al rogarle que viniese conmigo para asistir á mi entrevista con la Vizcondesa, sólo habia tenido la idea de mostrarme muy superior á mi rival; pero al verle oculto quise mostrarle que conocia y sabía compadecer todas las penas de la que él juzgaba coqueta y feliz.

No podia dudarlo, mi marido estaba loco por aquella mujer; pero al propio tiempo la despreciaba y la creia culpable.

¿Qué más mérito, me dije cediendo á un sentimiento de caridad, que perdonar á esta desgraciada y demostrarle mi compasion y mi simpatía?

Puesto que ella se queja del desvío de esas mujeres que la halagan con la mirada y con la sonrisa, porque la temen, pero que despedazan su reputacion cuando están léjos de ella, le haré ver que hay tambien mujeres bue-

nas, que desafían su venganza, pero que saben compadecer y perdonar sus extravíos.

— Mi querida amiga, le dije estrechándole la mano con afecto; yo hubiera querido ir á ver á V. para excusarme de mi negativa en acompañarla al teatro. Aquel día no me sentía buena; y sin embargo, tuve que ceder á la invitación de otra persona, sin duda ménos amable, pues la juventud y la belleza son las únicas que hallan indulgencia para todo, y V. debe ser muy indulgente. Si no he ido ha sido por la enfermedad de mi pobre madre, que no me deja tiempo para pensar en la amistad.

Gracia me miró estupefacta: habia venido creyendo hallar en mí la hiel de la venganza y la acritud del sarcasmo, pues suponía que yo estaba enterada de cuanto se decía respecto de sus amores con mi marido. Me odiaba además porque me suponía poseedora del afecto del Marqués de Prado Hermoso, y venía á decirme que se llevaba á Eduardo. No obstante, al oír mi acento cariñoso y cordial, su plan se desconcertó del todo, y quedó muda y confusa.

Viendo que no decía nada, añadió:

— Veo, amiga mía, que se halla V. desmejorada... ¿Ha tenido alguna desgracia desde que no nos vemos? Usted, tan admirada, tan obsequiada, tan feliz, ¿tiene pesares?

Gracia iba á decir sí; pero un sentimiento de orgullo la contuvo y respondió:

— No por cierto; soy tan dichosa como puede serlo una mujer.

— Yo la envidio, le dije; porque yo sufro por más de una razón.

— ¿Es acaso por ver enferma á su madre de V.? preguntó la Vizcondesa con más curiosidad que interés.

— ¡Ah, sí! exclamé yo. Es por eso, y además porque veo á mi marido preocupado y triste... queridamia. Aunque seamos de diferente opinión con respecto al matrimonio, bien podemos ser amigas, y así quiero confesarle una debilidad de muy mal gusto, si quiere, pero que no está en mi mano remediar; amo á mi marido.

— ¡Qué! ¡Usted querría ser mi amiga! exclamó atónita Gracia respondiendo primero á las palabras que le habian hecho más impresión.

— Sin duda, y para dar á V. una prueba de confianza, empiezo confesándole esta debilidad... ¡Sí, repito que estoy enamorada hasta la locura de mi marido!

— ¡Ah! exclamó Gracia, ¡es V. dichosa!

— ¿No ha amado V. algun día al suyo? Me atrevo á preguntarle esto, porque es público el estado de sus relaciones con él!

— No es cosa que yo trate de ocultar, repuso la Vizcondesa; jamás he amado al Vizconde; amaba á otro y con él debí casarme, pues el cielo mismo parecía querer unir nuestros destinos... Pero ¡ay! la voluntad del que yo amaba los desunió; me cedió á su amigo y hube de casarme con él!

Sabía yo que Gracia no mentía, y esta prueba de su sinceridad me enterneció; iba á decirle algunas palabras dulces, pero ella no me dió tiempo prosiguiendo de esta suerte:

—¿Es verdad, Condesa, que V. ama á su marido? Yo no sé que se dice por el mundo de la vida retirada que V. hace, y de que recibe frecuentes visitas del Marqués de Prado Hermoso; sin embargo, nadie la culpa á V., sino á su marido, quien, según se asegura, se casó con V. sólo por interés, y disipa su fortuna en locos devaneos.

Bajé los ojos ruborizada. Aquella mujer era la que aruinaba mi fortuna, y yo me avergoncé por ella de sus palabras; no obstante, procuré serenarme y respondí, á lo que creo, con calma y dignidad.

—Mi marido me es muy caro para que yo pueda culparle. Yo no sé lo que hace de *nuestra* fortuna, pues suya es, desde el día que obtuvo mi mano; pero le estimo demasiado para creer de él ninguna acción indigna. En cuanto al Marqués de Prado Hermoso, es el encargado de arreglar el penoso asunto del divorcio de mi pobre madre.

—¡Ah! ¿Es eso cierto? exclamó Gracia. ¿No me engaña V., querida Condesa?

—¿Por qué había de engañarla? ¿Duda V. acerca de lo que le he dicho de las relaciones que nos unen con Salvador? Amiga mía, le estimo como á un amigo, y nada más.

—¡Gracias, Valeria! exclamó la pobre mujer asiendo mi mano, que besó con pasión. ¡Ya salgo de aquí menos desgraciada! No soy tan culpable como he podido parecerle, y quiero contar á V. toda la verdad. ¡Salvador ha sido mi solo y único amor en la tierra! Pensando en él, viendo de continuo su imagen, se me hizo odiosa la de

mi marido, acusé los pequeños desórdenes de su vida y me enfurecí por todo. Para olvidarle me dejé llevar de ligerezas que nada suponían al principio, pero que después fueron minando mi fama poco á poco. ¡Yo tuve la culpa de la separación entre mi esposo y yo! ¡Todo esto es la verdad! Cuando hace un mes vi á V. en el teatro, la misma noche que se negó á venir conmigo, conversando toda la noche con él; cuando vi que él la miraba con tierno interés; cuando he oído decir que venía á verla todos los días y que pasaba al lado de V. las veladas en una soledad casi completa, el demonio de los celos se apoderó de mí... quise vengarme llevándome á su marido, y provocando una separación que la perdiese como á mí; que la hiciera caer del alto pedestal de su virtud y de la estimación del mundo; pero antes quise venir y decir á V. que yo era la causa de sus males pasados, y que yo divulgaría con escándalo sus relaciones. Ahora puedo decirle: ¡gracias, Valeria, gracias, por haber apartado de mi alma el negro fantasma de los celos!

Al hablar así, aquella pobre mujer parecía trasfigurada. El color había vuelto á sus mejillas; sus ojos brillaban de nuevo como en sus días más hermosos.

—Mi pobre Gracia, le dije, veo en efecto que ha sido V. más infeliz que culpable; pero ¿por qué consintió usted en unirse á un hombre que no amaba? ¡Ah, eso no se debe hacer jamás! ¿Por qué, puesto que estaba concertado su enlace con el Marqués, no confesó á éste el estado de su corazón?

—¡Ah, exclamó Gracia, era yo demasiado orgullosa para eso! ¡Me rehusaba... yo callé! Luégo, aún esperaba

poder amar á mi marido... ¡Inútil esperanza! ¡Él se encargó de desvanecerla! ¡Oh, los maridos! ¡Oh, el matrimonio! ¡Maldita sea tan odiosa institucion!

—¡¿Por qué maldecir ese sagrado lazo que une los destinos de dos seres que se aman, que sanciona el entusiasmo y todos los goces del corazón? La proteccion legítima, el amparo, la dulce ayuda en las miserias de la vida, ¿dónde puede hallarlas mejor la mujer que en su marido? Si éste se extravía, siempre le quedan á la mujer el dulce asilo de su hogar, la paz de su conciencia, la oracion y la esperanza. ¡Pero, Gracia, yo soy cruel al hablar á V. de lo que para siempre ha perdido! en lo que digo me refiero á mí, y le suplico con lágrimas que no me robe el cariño de mi marido, ya que por experiencia sabe lo que cuesta el primer amor perdido!

—No, dijo la Vizcondesa levantándose; no, Valeria; no seré yo la que contribuya á la infelicidad de V. Desde que la vi me arrastró hácia V. una indefinible simpatía. Mis malas pasiones apoyaron por algun tiempo aquel afecto naciente. ¿Qué quiere V.? prosiguió con una triste sonrisa, estaba celosa, pues aunque mi amor sea desgraciado, no es por eso ménos exigente, y acaso lo es más que si fuera feliz! Pero ahora me voy consolada con sus dulces y benévolas palabras. ¡La admiro, he vuelto á amarla y quiero conquistar su afecto! ¡Adios, y él quiera que pueda probarle que soy su amiga!

La Vizcondesa salió, dichas estas palabras, y yo volví la vista al sitio donde se hallaba oculto mi marido; pero éste no salia.

Admirada, entré yo en el gabinete, y le hallé echado en un sillón y derramando un mar de lágrimas.

Su actitud era la del más amargo abatimiento.

Apénas alzó los ojos para mirarme; pero en sus facciones vi escrito un dolor desgarrador y profundo.

—¡Oh, exclamó, la ingrata, la infame, ama á otro! ¡Le amaba ántes! ¡Le ha amado siempre! ¡Y conmigo fingia con una serenidad admirable! ¿Por qué se llama desgraciada? Lo que debia llamarse es la mujer más infame, más hipócrita del mundo!

No supe qué responder á esta explosion de desgarradoras quejas, porque quedé aterrada.

La herida era incurable, y estaba tan enconada, que no podia ménos de ser mortal.

Alcé al cielo los ojos y exclamé con el pensamiento, pues mi boca se negaba á pronunciar las palabras:

—¡Dios mio! ¿De qué me han servido mi valor, mi abnegacion, mi propósito de ser buena é irreprochable? ¿Y qué guardas para los culpables, si descargas sobre mi cabeza inocente, todo el rigor de tus iras? Este hombre ama á esa mujer que le desprecia, y no piensa en mí, víctima desdichada atada á su fatal destino! ¡Oh, Dios mio, dadme fuerzas y valor!

Salí para no dejar conocer mi dolor, y me encerré en el oratorio, que ya no abandoné en todo el resto del día.